



Hacia el año 9 a.C., los pueblos griegos de la provincia romana de Asia tomaron la decisión de cambiar el calendario. En adelante la historia de la Humanidad no se contaría a partir de la fundación de Roma, sino a partir del nacimiento de Augusto. La razón era de peso. Él había sido

«Augusto sino Jesús». Por eso, el evangelista Marcos tituló así su evangelio: «Buena Noticia de Jesús, el Mesías, Hijo de Dios». Y por eso, en su evangelio, el mandato final del resucitado es éste: «Id al mundo entero y proclamad la Buena Noticia a toda la creación».

No es difícil entender por qué la gente le sentía a Jesús como «Buena Noticia». Todo lo que él decía les hacía bien: les quitaba el miedo a Dios, les hacía sentir su misericordia, les ayudaba a vivir comprendidos y perdonados.

Toda su manera de ser era algo bueno para todos: era compasivo y cercano, acogía a los más olvidados, abrazaba a los más pequeños, bendecía a los enfermos, se fijaba en los últimos.

Toda su actuación introducía en la vida de las personas algo bueno: salud, perdón, verdad, fuerza interior, esperanza. ¡Era una suerte encontrarse con él!

«Buena Noticia» (*euangelion*) para todos, pues había traído la paz introduciendo en el mundo un orden nuevo.

Augusto era el gran «bienhechor» y «salvador».

Los cristianos comenzaron a proclamar un mensaje muy diferente: «La Buena Noticia no es

DESCUBRIR LA BUENA NOTICIA

Jesús es la Buena noticia. Hemos vivido una religión basada en normas y cumplimientos. Para muchos una religión complicada y sobrecargada. Nos hemos encontrado en la vida siendo “cristianos” y muchos en la edad joven han soltado amarras por comodidad, cansancio o aburrimiento. Y la fe de muchos se ha quedado ahí, estancada en ideas y costumbres religioso-culturales (santos, vírgenes y cofradías). Jesús no ha sido un feliz encuentro que haya llenado una vida de gozo y de sentido.

Pero muchos otros, sobre todo gente sencilla, han descubierto a Jesús como buena noticia que ha llenado, a pesar de tropiezos y sinsabores, sus vidas de cada día. Muchos meditan el evangelio en grupos y descubren a un Jesús que les va transformando. Y aprenden de su compasión y ternura, de su acogida a los más pobres, de curar heridas y levantar a los caídos, de acoger a los que nadie quiere y de impulsar con su aliento a los desanimados, de estar siempre dispuestos a ayudar sin pasar factura, de acercarse a Dios como un Padre/ Madre bueno que hace salir el sol para todos.

- ¿Es para mí también una Buena Noticia?

2-3. Está escrito en el profeta Isaías: Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: preparadle el camino al Señor, allanad sus senderos.

Presenta a Juan el Bautista como "el mensajero" que precede inmediatamente al "Señor", o sea, Dios. Su misión es la del profeta o mensajero divino que, llevando a cumplimiento toda una serie de promesas antiguas, señala y prepara el inicio de una nueva era, la era mesiánica. La cita bíblica es atribuida a Isaías, pero que en realidad es un

conjunto de textos extraídos del Éxodo (Ex 23,20), de Isaías (Is 40,3) y de Malaquías (Mal 3,1), proclama con claridad este papel de Juan que, como precursor del Mesías, aparece para desaparecer de inmediato. Actúa en referencia a otro y en función de otro.

PREPARAR CAMINOS

Preparadle un camino al Señor. A nivel personal (allanando baches de insolidaridad, levantando manos abiertas a la acogida, enderezando murmuraciones y violencias...) y a nivel comunitario, con un mensaje de igualdad: que los valles se levanten y las colinas se abajen. Estas mismas palabras las dice hoy el profeta desde nuestro compromiso por igualar la sociedad, la de ir creando una sociedad alternativa, empezando ya en nuestro pequeño mundo.

El Papa Francisco nos está gritando el mismo mensaje a los cristianos: Abrid caminos a Dios, volved a Jesús, acoged el Evangelio.

"¿Estamos decididos a recorrer los caminos nuevos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas, que han perdido la capacidad de respuesta?" (Pentecostés 2013)

"Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos" (EG 49)

4-5. Juan bautizaba en el desierto, predicaba que se convirtieran y se bautizaran, para que se les perdonasen los pecados. Acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

Al contarnos que la gente iba a escuchar a Juan desde Jerusalén y desde el territorio de Judea, Marcos está hablando tanto de **agrupaciones sociales** como de **localizaciones geográficas**. Los de Judea serían campesinos, mientras que los de Jerusalén serían artesanos u otros grupos no elitistas de la ciudad.

Y si la gente acude a esta zona intermedia incluso desde Jerusalén, -donde estaban las instituciones salvadoras oficiales- lo hacen porque saben que aquellas instituciones y **aquel aparato político-religioso oficial no salvaba**. Van al desierto iniciando una práctica de marginación que Jesús llevará hasta sus últimas consecuencias.

Juan predica el arrepentimiento, un cambio interior de ruptura con el pasado. **Y da a entender que se**

PREDICABA EL CAMBIO.

La predicación de Juan **despertó las esperanzas** del pueblo en la pronta venida del Mesías y desencadenó un auténtico movimiento popular.

El pueblo de Israel a lo largo de toda su historia -tejida de fracasos, derrotas y esclavitudes- **esperó de Dios un libertador** definitivo que trajera una paz duradera. Unos cien años antes de la venida de Jesús se empezó a llamar "**Mesías**" a ese **liberador esperado**. Para prepararse a esta venida hay que cambiar el rumbo de vida, el modo de pensar y de actuar, volverse a Dios y como él, obrar en justicia. Así prepararemos su venida.

- **¿Reconocemos que estamos desviados? No podemos cambiar si creemos que no tenemos nada que cambiar. Para una conversión sincera hay que reconocerse pecadores.**
- **Conversión significa, cambio, vuelta a lo que fuimos: hijos de Dios ("volveré a mi Padre").**

6-8. Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero en la cintura y se alimentaban de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero El os bautizará con Espíritu Santo.

Marcos describe a **Juan con rasgos de profeta**, en particular con los de Elías. Su comida es la de un **nómada**, la de uno que vive alejado de la sociedad. No era insólito en su tiempo comer **saltamontes** que se vendían en el mercado y solían comerse salados y con pan y **la miel** podía proceder de abejas salvajes o ser el jugo de los palmeros o de los higos. La dieta es la de un nómada que vive sobre el terreno. Indica su **independencia y separación de la sociedad**.

Juan no se considera protagonista, anuncia la llegada de otro superior a él. Será superior a él en fuerza, pues poseerá **la plenitud del Espíritu**; también en su misión, que consistirá en fundar un nuevo pueblo, una sociedad nueva, pues el papel de Esposo, propio de Dios en el AT (Os 2,4; Jr 2; Ez 10) corresponde ahora a Jesús; así lo

trata de una transformación personal y social.

El signo empleado es el **bautismo**: sumergirse en el agua como gesto de muerte al pasado y comienzo de vida nueva. Los pecados de los que hay que arrepentirse son los mismos que denunciaban los profetas: **la injusticia** entendida como desprecio de Dios y desprecio del prójimo (Is.5, 1-20).

La vida y el perdón ya no se ofrecen en el Templo, sino en el desierto; no por los sacerdotes, sino por el profeta; no mediante sacrificios de purificación ritual, sino mediante un bautismo que lleva a la conversión eficaz y al cambio de corazón en cuanto sede de valores y origen de estructuras. **El desierto se convierte en lugar de vida, y el Templo se quedará estéril.**

supone la frase *no soy quien para... desatarle la correa de las sandalias*, refiriéndose a la ley judía del levirato, cuya finalidad era procurar descendencia al hombre que hubiera muerto sin hijos: quitar la sandalia significaba apropiarse del derecho del esposo (cf. Rut 3,5-11)

La diferencia de "fuerza" entre Juan y Jesús se manifiesta también en **la diferencia de bautismo**. El de Juan necesita ser completado por otro muy superior. No podrán recibir el Espíritu los que no hayan roto con la injusticia del pasado. **Por comunicar vida**, adopta también el simbolismo del agua fecundante. El verbo bautizar, asociado al Espíritu, lo asimila el agua. Se concibe el Espíritu como una lluvia que empapa la tierra/hombre, **comunicándole vida y fecundidad**.

JUAN BAUTISTA.

Juan vino al mundo por obra de Dios, nadie lo esperaba. Ni siquiera sus padres: su madre Isabel era estéril, y ambos de avanzada edad. Le pondrían por nombre: **regalo de Dios, gracia del cielo**, o sea, **Juan**. Sería "bautista" de profesión.

Decía y hacía. No tuvo doblez, ni fue inconsecuente. Iba vestido, como Elías, de pelo de camello con una correa de cuero a la cintura. Lo que fue Elías ocho siglos antes, lo era Juan ahora: **defensor de un Dios que no quiere sistemas injustos. Hay que igualar.**

Por eso cuando se le pregunta "¿qué tenemos que hacer?" aconseja: el que tenga dos túnicas -símbolo de riqueza entonces- que dé una a quien no tiene, y el que tenga de comer, que haga lo mismo. **Hoy también es buen tiempo para practicar esta palabra.**